

Alejandro Vicuña

Galanterías

(Capítulo de la obra *Juvenal*, que próximamente publicará la Editorial Nascimento)



HUERFANO, posiblemente, desde temprana edad, no conoció Juvenal las ternuras de una madre.

En los albores de la pubertad, su constitución fisiológica, o simplemente sus condiciones psíquicas, lo alejaron de las diversiones juveniles y del encanto de la mujer, condenándolo a las agriedades de un celibato rencoroso. Ni esposa, ni hogar endulzaron su existencia, ni conoció siquiera las emociones de los amores clandestinos o las arriesgadas andanzas de los adúlteros. Satisfizo, seguramente, sus instintos animales con visitas tardías al repugnante barrio de la Suburra.

En medio de su soledad, cultiva un odio profundo hacia esa mitad del género humano, destinada a hacer la felicidad de la otra mitad; y que por ignoradas circunstancias no le brindó sus gracias o ternuras.

En sus variadas situaciones de madre, esposa o hija,

de amiga, amante o simple doméstica, la mujer desconoció la existencia de Juvenal.

No perdonó el Poeta semejante prescindencia, y descargó sobre el sexo femenino la más cruel y punzante de sus sátiras.

Escribe a Postumio, aspirante al matrimonio, para disuadirlo de su intento.

«Postumio, te creía cuerdo, y sin embargo, te casas.

«¿Qué furia te persigue?, ¿qué entusiasmo se ha apoderado de ti?

«¿Te someterás a un tirano doméstico, habiendo tantas cuerdas para ahorcarse, ventanas para arrojarse desde la altura, y no hallándose lejos el puente Emilio para lanzarse al río? . . .

«Corre, Postumio, a prosternarte a la entrada del Capitolio, y sacrifica a Juno una ternera con cuernos dorados, si encuentras alguna vez una esposa honesta. . .

«Bajo nuestros pórticos o en las gradas de nuestros anfiteatros ¿podría hallarse una mujer digna de tus deseos, de tu confianza, de tu elección?». (1)

El Poeta describe ante los ojos del aspirante al matrimonio el cuadro de la maldad y corrupción femeninas. Las pinceladas trágicas y sombrías se entrecruzan, sin dejar paso a un solo rayo de luz apacible y bienhechora. Todas las mujeres son malvadas, no existiendo otra diferencia entre ellas que el grado de maldad o la especialidad criminal a que se entregan.

(1) Sátira sexta. Entre los versos 28 y 64.

Y la pluma de Juvenal, humedecida en el inmundo lodo, analiza el desfile vergonzoso de las mujeres infieles a sus esposos, las avaras, asesinas, orgullosas, caprichosas, marimachos, hipócritas, celosas, charlatanas, literatas, coquetas, importunas, supersticiosas y egoístas.

¿Intentará, por ventura, el airado censor de las costumbres estigmatizar a quienes se hallan dominadas de tales defectos, para obtener su reforma?

No, porque todas son malvadas e incorregibles.

Con mala fe o evidente falta de lógica, deduce de hechos particulares conclusiones universales. En vez de poner en guardia a Postumio contra quienes deshonran a su sexo, faltando a sus deberes, prefiere envenenar totalmente el placer del futuro esposo, asegurándole ser imposible disfrutar de la felicidad en compañía de mujer alguna.

«Tú te casas—dice al novio—; pues bien, los verdaderos padres de tus hijos serán el arpista Equión, Glafiras o Ambrosio, empleados de los coros». (1)

No satisfecho con la afirmación sumaria de la corrupción femenina, quiere asesorarla, presentando ejemplos de mujeres ilustres, fugitivas de hogares más ilustres, aun, en pos de artistas o gladiadores, hombres, según parece, afortunados en amores entre las damas romanas de la época.

(1) Sátira sexta. Versos 76-77.

«Hippia—continúa—mujer de un senador, siguió a un hombre de esta especie hasta el Faro, el Nilo, estableciéndose con él en la famosa ciudad de Lagos (1), donde la monstruosa corrupción de nuestras costumbres horrorizó aún a los habitantes de Canopus (2).

«Olvidando su casa, a su esposo, a sus hermanas, la cruel Hippia abandona sin pesar su patria y a sus hijos desolados. Pero—lo que te extrañará sobremanera—ella abandona también los juegos y al famoso Páris (3).

«Aunque educada en el seno de la opulencia en la casa paterna, donde su infancia había sido mecida en la mollicie de magnífica cuna, ella desafía el furor de las olas: antes había desafiado al honor, como lo hacen sin gran pesar las insensatas. No se amedrenta al cruzar los mares Tirreno y Jónico, y nada la hace mudar de resolución, ni las ondas rugidoras en lontananza, ni la travesía por mares lejanos.

«Cuando hay nobles motivos para afrontar un peligro, el terror petrifica a las mujeres; vacilan y se doblan sus piernas; son valientes únicamente para realizar actos deshonorosos.

«Cuán horrible es embarcarse, si su marido lo ordena; el mal olor y los ventarrones la trastornan; se protesta contra el tirano. En cambio, la que sigue a su

(1) La ciudad de Alejandría.

(2) Pequeña ciudad, cercana a Alejandría, célebre por las relajadas costumbres de sus habitantes.

(3) Notable actor teatral, asesinado por orden de Domiciano.

amante siente su corazón fortalecido. Comiendo con los marineros, recorre también el puente del barco, y experimenta el placer en tomar los toscos cordeles de las velas.

«¿Acaso Hípia fué seducida por la juventud o belleza del gladiador? ¿Qué secreto encanto le arrebató la vergüenza, hasta el punto de convertirse en esposa de hombre semejante?

«El miserable comenzaba a envejecer. Falto de un brazo, debía retirarse de la arena. Por otra parte, su rostro era deforme, y ostentaba en su nariz un enorme tumor, dividido en dos por el uso del casco. Añadid que uno de sus ojos, vaciado, destilaba continuamente un líquido asqueroso. Pero él era gladiador, y ese título lo hacía tan hermoso como Jacinto.

«Tal hombre arrebató a Hípia del seno de su patria, del amor de su esposo, de sus hijos y hermanas.

«Ellas aman el hierro. Sergio, gladiador jubilado, aparecía ante esa mujer como otro vejentón». (1)

Temeroso Juvenal de la persistencia de su amigo Postumio en su resolución de contraer matrimonio, a pesar del pavoroso ejemplo de infidelidad conyugal y perversidad femenina que acaba de presentarle, asciende en la escala de los hogares romanos, en busca de esposos atribulados por la maldad de sus mujeres, y penetra en la propia alcoba del Emperador, denun-

(1) Marido de Hípia. Sátira sexta. Versos 83-113.

ciando luego los crímenes de la Emperatriz de Roma y primera dama del Universo.

No se trata ya de la mujer de un senador, sino de la propia Mesalina, esposa de Claudio. Y ni siquiera la degradación de tal Emperatriz se detiene en el rango de los vulgares deslices amorosos, sino que desciende hasta las más viles manifestaciones de los excesos sensuales.

«Te admiran, Postumio—prosigue el Poeta—los atentados de Hipia contra la reputación de un hogar privado?

«Ved quienes fueron los rivales de un mortal con rango de Dios; escucha los sufrimientos de Claudio:

«Apenas su esposa lo creía dormido, esa augusta cortesana, prefiriendo un jergón miserable al lecho imperial, escapaba de palacio, seguida de una sola alcahueta; y se deslizaba, protegida por un disfraz y las tinieblas de la noche, hasta una casucha fétida y miserable, reservada especialmente para ella. Allí, bajo el nombre de Licisca (1), Mesalina, completamente desnuda, adornados su pecho y garganta con joyas de oro, entregaba a la brutalidad pública el vientre que te protegió a ti, ¡oh generoso Británico! (2) Sin embargo, ella atiende a quien se presenta, y exige el salario acostumbrado; en seguida...

«Cuando el patrón del prostíbulo despide a las cor-

(1) Era costumbre en los lupanares romanos colocar en cada habitación el nombre de la mujer que en ella se prostituía.

(2) Fué Mesalina la madre de Británico.

tesanas, ella se lamenta, deseando aprovechar hasta los postreros instantes, y es la última en abandonar ese lugar. Sale, por fin, más fatigada que satisfecha. Apagados sus ojos por los excesos, con olor al inmundo aceite de las lámparas, toda asquerosa, ella lleva esos perfumes al tálamo del Emperador (1).

Entre las esposas infieles a sus maridos, hay un ejemplar especialmente analizado por la pluma-bisturí de Juvenal: la mujer rica, desposada con un avaro.

Conocedora de la avaricia de su esposo, compra la culpable su silencio, y aun su benevolencia, con el dinero de su dote o el que generosamente le obsequian sus amantes.

¿Hay cosa más cómoda que vivir con el pequeño trabajo de cerrar los ojos en determinados momentos o ante ciertas actitudes? ¿Y cuántos maridos no mantuvieron lujosos trenes de vida, en épocas pasadas y en las actuales, con este provechoso gesto de avestruces perseguidos?

«¿Por qué el esposo de Gesenia—se pregunta el Poeta—no se cansa de pregonar las virtudes de su esposa?

«El ha recibido, al casarse, un millón de sextercios; a tal precio la declara intachable. Su entusiasmo desbordante, las flechas que lo hieren no proceden de Venus o Cupido: vienen de la dote. A este precio, su esposa es libre. Ella puede, aun en su presencia,

(1) Sátira sexta, Versos 114-132.

acordar entrevistas, recibir cartas de amor, y contestarlas. La mujer rica, que se casa con un marido avaro, adquiere todos los derechos de la viudez». (1)

Postumio acierta a interrumpir a su amigo, para preguntarle si no existirá al menos una mujer honesta, libre de amores bastardos y capaz de guardar la fidelidad conyugal.

«Y que—dice al Censor—¿no habrá entre la multitud de mujeres alguna digna de mi elección? (2)».

Juvenal admite la observación, y no se hace de rogar para examinarla.

«Es posible, le replica; pero ¿acaso la fidelidad es la única virtud exigida por el matrimonio?»

«Quiero concederte que por casualidad elijas una mujer bella y decente, rica y fecunda; que te muestre los bustos de cien antepasados, alineados bajo el pórtico de su palacio; una mujer más casta que las Sabinas, que terminaron una cruel guerra, (aunque este pájaro es tan escaso sobre la tierra como los cisnes de plumaje negro).

«¿Quién podrá sufrir a esta mujer ejemplar?»

«Sí, yo preferiría una mujer del campo a vos misma, Cornelia, madre de los Gracos, si os lleváseis hablando constantemente de vuestra dote y de los triunfos de vuestros antepasados, desplegando en mi casa,

(1) Sátira sexta. Versos 136-141.

(2) Sátira sexta. Verso 161.

junto con vuestras sublimes virtudes, un orgullo y jactancia insoportables.

«¡Lejos de aquí! ¡Lejos, por favor! vuestro Aníbal, vuestro Sifax, vencido por vuestros antepasados. ¡Que se alejen lo más posible de mi casa las importunas glorias de los vencedores de Cartago! . . .

«¿Para qué sirven la virtud y los méritos de una esposa, si ella misma se encarga de pregonarlos en cada momento?

«Desaparece el encanto de estas raras y preciosas cualidades, desde el momento en que, envenenadas por el orgullo, destilan más amarguras que alegrías (1)

Y el desfile de las esposas intolerables continúa ante los ojos entristecidos de Postumio.

¿No será posible hallar una mujer capaz de hacerlo feliz en el hogar?

Juvenal se muestra inexorable. Deja de mano a la orgullosa descendiente de próceres con estatua para descuartizar a la mujer ridícula, a la provinciana arribista, ansiosa de figurar como intelectual y empeñada en mostrarse original y elegante.

«Cuán intolerables—exclama el Censor—son esas mujeres, que no se juzgan suficientemente elegantes, si no aparecen con aire griego, aunque hayan nacido en la Toscana; si no adoptan el modo de hablar de Ate-

(1) Sátira sexta. Entre los versos 162-182.

(2) Ciudad de Italia, donde nació Ovidio.

nas, aunque sean de Sulmona. (2) Ellas emplean la lengua griega en todo momento, sin avergonzarse, como romanas, de ignorar la propia lengua. Temor, cólera, alegría, pesar, todas sus pasiones se manifiestan en este idioma favorito. Más aún; hasta los suspiros amorosos parecen exhalarse en griego.

«Menos censurables serían tales ridiculeces en las muchachas; pero, a esa vieja de ochenta y seis años será perdonable que nos venga a tartamudear en griego? (1).

Y una mujer más temible que la anterior surge amenazante en el escenario dirigido por Juvenal: la esposa dominadora y prepotente:

«De nada podrás disponer—dice a Postumio—sin el visto bueno de tu mujer; nada comprar o vender sin su consentimiento.

«Hasta tus afecciones serán reglamentadas por ella. Aquel amigo, ya viejo, y cuya primera barba conoció tu casa, será excluído de tu amistad.

«Los gladiadores y los hombres más viles son libres para testar a su antojo: tú serás obligado a estampar en tu testamento los nombres de tus rivales.

—«¡Que se arrastre al suplicio aquel esclavo!

—«¿Al suplicio?, preguntarás tú. ¿Y que ha hecho? ¿Dónde está su acusador o los testigos de su falta? No se puede condenar precipitadamente a un hombre.

(1) Sátira sexta. Versos 184-193.

—«¡Insensato!, ¿y lo llamas hombre? Un esclavo no es hombre. Inocente o culpable, él perecerá. Yo lo quiero y ordeno; eso basta» (1).

Como si no fuera suficiente para disuadir a Postumio de su resolución el cuadro de las esposas indeseables, hace un paréntesis Juvenal, para referirse a otro factor de la desgracia matrimonial: la suegra.

«Renuncia a la paz, Postumio, mientras viva la madre de tu mujer. Ella sabrá enseñar a su hija a arruinarte sin miramiento alguno, a responder elegantemente las cartas de sus amantes; y cuando se trate de despistar a los Argos (2) o de corromperlos, ella se encargará de la tarea» (3).

Y toca su turno a la mujer aficionada a los ejercicios físicos, impropios de su sexo; que se unge con el aceite de los gladiadores, se reviste con su armadura, empuña la espada y embraza el pesado escudo, para bajar a la arena y luchar con los profesionales de ese oficio.

«Ved—dice a Postumio—con qué arrojo ellas asesantan los golpes, de acuerdo con las lecciones recibidas; ved el pesado casco que llevan sobre sus frágiles cabezas; contemplad sus actitudes guerreras, a pesar de los pliegues de sus vestiduras arremangadas; y divertíos,

(1) *Sátira sexta. Versos 212-223.*

(2) *Espías o vigilantes.*

(3) *Sátira sexta. Versos 231-235.*

cuando cierta necesidad las obliga a desatar su armadura» (1).

Tras la ironía, estalla el furor incontenible del poeta. Se creería que piensa poner un broche de fuego a su discurso; pero es tan sólo un desahogo de la indignación rebalsante de su pecho:

«Es el tálamo nupcial un escenario eterno de discordias que renacen día a día. El sueño ha sido desterrado de él» (2).

Al adulterio suelen las esposas añadir refinada hipocresía, dejando a sus maridos en el más lamentable de los ridículos.

«Peor que una tigresa privada de sus cachorros, nunca se muestra una mujer más terrible con su marido que cuando disimula su perfidia. En tales ocasiones sabe ella, en medio de gemidos, reprochar a su esposo amores infames, o por lo menos, la existencia de una amante imaginaria. Derrama entonces torrentes de lágrimas, las que siempre están prontas para brotar a sus órdenes:

«¡Estúpido esposo! Figurándote esas lágrimas arrancadas por el amor hacia ti, te sientes satisfecho, y pronto las enjugas con tus besos.

«¡Qué cartas leerías y qué recados, si registrarases los secretos escondites de esta celosa adúltera» (3).

(1) Sátira sexta. Versos 261-264.

(2) Sátira sexta. Versos 268-269.

(3) Sátira sexta. Versos 270-278.

Entra el poeta en el terreno de la filosofía, y deseoso de proporcionar un remedio a la maldad, se empeña en señalar el origen de tanta infamia.

«¿De dónde proceden— se pregunta— estos monstruosos desórdenes? ¿Cuál es su fuente?» (1).

Simplista en el ataque, no lo es menos en el razonamiento. y confundiendo causas con efectos, y circunstancias concomitantes con los orígenes, no trepida en resolver el problema con solución al alcance de niños e ignorantes. No se arredra ante la complejidad del asunto, porque es incapaz de comprenderla; y para sus fines efectistas, más convienen la rudeza del ataque que la precisión y exactitud del análisis.

Como todos los arregla-mundos, mezcla de imbecilidad y mesianismo, Juvenal asigna las responsabilidades y proporciona los remedios con facilidad pasmosa.

«Una parca fortuna resguardaba en otro tiempo la inocencia de los latinos. Rudos trabajos, breve sueño, manos endurecidas en toscos tejidos, Aníbal a las puertas de Roma, y los maridos, cubriendo la guardia en la puerta de la Colina, defendían a sus hogares de las acechanzas del vicio. Sufrimos hoy los males inseparables de una prolongada paz. Más cruel y potente que la espada, el torrente de la voluptuosidad invade nuestro imperio; vengando al universo encadenado por nosotros. Todos los crímenes y ruindades, engendrados

(1) Sátira sexta. Versos 286.

por el libertinaje, reinan aquí, desde que Roma vió desaparecer su antigua pobreza. La opulencia infesta nuestras colinas con la molicie de Síbaris, Rodas, Mileto, y sobre todo de Tarento, cuyos habitantes, insolentes (1) y coronados de pámpanos, nadan en las delicias.

«El dinero, el infame dinero, origen básico de nuestra degradación, introdujo entre nosotros las costumbres extranjeras, y las riquezas corruptoras pervirtieron con un lujo vergonzoso los más bellos tiempos de Roma» (2).

Tras la queja elocuente, evocadora de las lamentaciones bíblicas, y la añoranza de las virtudes antiguas, el poeta vuelve a la corrupción de las mujeres y a la depravación de las costumbres femeninas.

«¿Qué recato — se pregunta — puede guardar una mujer, ebria de amor y de vino?

«Confundiéndolo todo, ella se presta a todo (3). Cuando a media noche ella come ostras magníficas y bebe repetidas copas de Palermo espumante y perfumado; cuando ante sus ojos vacilantes comienzan a moverse el piso y a multiplicarse las luces sobre la mesa, ¿puedes extrañarte de las obsenidades de Tulia y de las relaciones que mantiene con esa tal famosa Maura, su más antigua amiga, cuando se encuentran cerca del viejo altar del Pudor?

(1) Aplica tal calificativo a los tarentinos, por haberse burlado en cierta oportunidad de los Embajadores romanos.

(2) Sátira sexta. Versos 287-300.

(3) *Inguinis et capitis puz sint discrimina. nescit.*

De noche, detienen allí sus literas, orinan y arrojan a la efígie de la diosa (Pudicitia) sus inmundos chorros. Al claro de luna, se exitan recíprocamente y se entremezclan en forma criminal. De allí regresan a sus casas.

Al día siguiente, cuando sales en busca de tus amigos, vas pisando las inmundicias de tu esposa» (1).

Y avanza el bisturí del cirujano, descubriendo la magnitud de la llaga, y horrorizando al enamorado Postumio con aspecto cada vez más repugnante de la corrupción femenina.

Contrariando las leyes de la naturaleza, y asociando a sus aberraciones sexuales a la propia Divinidad, las mujeres de Roma celebran entre ellas orgías nefandas, verdaderos concursos obscenos, donde son recompensadas quienes dan la más alta nota de lubricidad. Bajo la protección de la Buena Diosa (2) y autorizadas por las costumbres, las damas romanas se olvidan de su dignidad, para convertirse en depravadas ramerías.

• Las actitudes en esas reuniones—escribe Juvenal—alcanzan tal lubricidad, que ellas inflamarían al anciano Priamo o al inválido Néstor. Llega un instante en que las pasiones exitadas exigen ser satisfechas, y mientras tanto, cada mujer se da cuenta de que sólo tiene entre sus brazos a otra mujer, incapaz de satisfa-

(1) Sátira sexta. Versos 301-313.

(2) Minerva.

cerla. Resuena entonces el antro con estos gritos generales: introducid a los hombres; (1) la Diosa lo permite. ¿Mi amante duerme? Despertadlo cuanto antes. Y si él no viene, que vengan los esclavos. ¿No hay esclavos? Que se llame a un obrero cualquiera. Y en su defecto, a falta de hombres—termina el poeta—la cercanía de un asno les parecía aceptable» (2).

Los refinamientos femeninos para obtener toda clase de emociones sexuales son descritos luego por el Poeta con minuciosidad y crudeza tales, que la pluma se resiste a reproducir esas escenas.

Y la mujer curiosa e intrusa, la glotona y la ebria son presentadas por el Poeta al aspirante al matrimonio. Y luego, punzantes trazos describen la vida cotidiana de las dueñas de casa, sus crueldades con los sirvientes, sus caprichos, las horas muertas gastadas en acicalarse, su envidiable sumisión a los representantes de las creencias religiosas, su fe en los adivinos y astrólogos, su afición a cualquier clase de supersticiones.

¡Pobre y desgraciada la esclava que incurrió en el delito de aderezar menos artísticamente un bucle de sus cabellos o de elevar poco su peinadura de varios pisos! (3). Un nervio de buey castigar a esta criminal impericia. En cambio. ¡Afortunados los sacerdotes de Cibe-

(2) Estas órdenes van dirigidas a las porteras del templo.

(3) Sátira sexta. Versos 324-344.

(1) Tot premit ordinibus, tot, adhuc compahibus altum Aedificat caput: (Sátira sexta. Versos 502-503).

les y Belona, o los adivinos y astrólogos armenios y caldeos, porque su voracidad de riqueza será ampliamente satisfecha por la credulidad estúpida de la caprichosa dama.

Como último y aterrador espectáculo de los peligros matrimoniales, presenta Juvenal a las esposas criminales, que ofrece a sus esposos e hijos brevajes envenenados, filtros de Tesalia, capaces de ocasionar trastornos cerebrales, y después la muerte.

Postumio se subleva ante acusación tan grave, y no teme de calificar de calumniador al Poeta:

«Usurpando el coturno, empleando el énfasis de los Sófocles, y contrariando las leyes de la sátira, tú inventas estos horrores quiméricos.

«¿Quiméricos?, replica Juvenal. ¡Ojalá! Pero Poncia grita: Yo lo he hecho, lo confieso; yo misma preparé el veneno para mis hijos, lo que se hizo público, una vez descubierto; sin embargo, el atentado fué preparado por ella misma.—Víbora cruel ¿ibas a matar a tus dos hijos de un solo golpe?—A siete, si los hubiera tenido» (1).

Sin retroceder ante el recuerdo de los horrendos crímenes de la tragedia, evocado por Postumio, el Poeta toma cuerpo de él, para contraatacar a su interlocutor, y demostrar que la corrupción femenina en Roma supera en mucho los horrores de los escenarios griegos.

(1) Sátira sexta. Versos 634-642.

«Admitamos como real—escribe — lo que los trágicos afirman de las Medeas y Procneas; nada niego: ellas cometieron crímenes enormes; pero siquiera su móvil no fué el oro. Los más grandes crímenes son menos repugnantes cuando provienen de la cólera. Una mujer furiosa es como una roca, que perdiendo repentinamente su equilibrio, rueda y se precipita de lo alto de la montaña al abismo sobre el cual estaba suspensa. Mil veces más horrible es quien calcula un gran crimen y lo comete a sangre fría» (1).

El conjunto de lugares comunes esgrimidos por el Poeta contra el sexo femenino, de que todavía se surten los denigradores de la mujer en estúpidas disertaciones de cantina o sobremesa, prueba demasiado, y por tanto, nada prueba. Con la misma lógica, y no menos razones, podría una mujer acumular invectivas contra el sexo masculino, trazando un cuadro más pavoroso que el descrito por Juvenal.

¿A qué conduce tan exagerada actitud del Poeta sino a desvirtuar y restar eficacia a su rol de mejorar las costumbres, y de establecer una más fácil y agradable convivencia de los seres humanos sobre la tierra? ¿Deben ser reprendidos y corregidos en tal forma los defectos que se desea extirpar?

En realidad, el lenguaje juvenaliano contra el sexo femenino tiene el carácter de desahogo de un viejo

(1) Sátira sexta. Versos 643-652.

rencor o profundo despecho, más bien que el de saludables consejos para apartar a Postumio de un peligro.

Por otra parte, ¿cabe considerar moral y oportuno un discurso encaminado a inspirar horror al matrimonio, y esto en un siglo en que los estragos del homosexualismo acentuaban día a día la degeneración de la juventud romana?

¿Qué intereses se consultaban al referirse en tan acentuada forma a la corrupción femenina? Acaso los del individuo, a quien se arrojaba en brazos de vicios repugnantes a la naturaleza, o a los de la sociedad, cegando la única fuente legítima de la procreación de la raza?

El Moralista se ha transformado, pues, por su mal criterio, en propulsor de la inmoralidad; y el ejemplar de la especie humana, al expresarse así de la mujer, ha merecido el reproche dirigido por una dama a un jovenzuelo que denigraba en términos semejantes al sexo femenino:

—¿Acaso se olvida Ud. de que ha tenido una madre?